UNA MUJER ENTRE LAS TROPAS DE MARINA DEL SIGLO XVIII: ANA MARÍA DE SOTO Y ALHAMA

Luis SOLÁ BARTINA

(RR)

ACE algunos años, las niñas españolas —todavía lo recuerdo—, jugando al corro o en los patios de los colegios, cantaban una antigua y cadenciosa melodía que comenzaba así:

> «A un capitán sevillano, siete hijos le dio Dios
> Y tuvo la mala suerte que ninguno fue varón
> Un día la más pequeña tuvo la inclinación
> de ir a servir al Rey vestidita de varón…»

Y seguía la canción diciendo que se había pasado siete años luchando por su rey hasta que al final se descubrió que era mujer. Pero a la postre, la historieta tenía un final feliz, como no podía ser menos para una canción de colegialas.

A poco que se bucee por las historias de la Historia, uno se da cuenta de que posiblemente siempre haya habido mujeres que participaron en combates, vestidas de varón o no, en defensa de sus ideas, de su familia o de su hogar o, simplemente, por su honor personal o familiar. Y no ha sido tan excepcional. También Cesáreo Fernández Duro es de esta opinión y lo comenta en su obra *La Armada española desde la unión de los Reinos de Castilla y Aragón* (1).

Leyendo otros relatos sobre ejércitos extranjeros, algunos autores comentan que ha habido mujeres disfrazadas de hombres tanto en unidades de tierra

(1) Libro VIII, pp. 423-429, texto de un discurso leído en 1902 por el secretario perpetuo de la Real Academia de Historia (es decir, por él mismo), titulado «La mujer española en las Indias».

como en sus armadas, incluso algunas, corsarias, mandando barcos. Pocas, pero las suficientes para llamar la atención. Y con buen resultado en cuanto a disciplina y valor. Y no solo como cantineras heroicas, en su arriesgado y peligroso seguir a las tropas, justo detrás de la línea de combate, para dar de beber agua o aguardiente a los soldados y atenderles, cuando podían, de sus heridas, sino que, en ocasiones extraordinarias, incluso cogían las armas de algún caído y se batían con denuedo. En España tenemos constancia de Juana García —*La Dama de Arintero*— que, bajo el pseudónimo de Caballero de Oliveros, luchó por los Reyes Católicos y se distinguió en la batalla de Toro, a finales del siglo XV; también de María Pita en el XVI, defendiendo La Coruña contra los ingleses de Drake, o en el XVII de la donostiarra Catalina de Erauso, *La Monja Alférez*; y ya a principios del siglo XIX, de la catalana Agustina Zaragoza y Doménech, más conocida por Agustina de Aragón, defendiendo Zaragoza contra las tropas imperiales francesas. Y de las modistillas y demás mujeres que se lanzaron decididamente contra los tropas del general Murat, en Madrid, en mayo de 1808. O de las mujeres gerundenses que constituyeron la Compañía de Santa Bárbara en la inmortal defensa de la plaza de Gerona contra el invasor. Y seguramente habrá habido más casos.

Hay un precedente conocido entre las tropas españolas de mar o de Marina: la de María *la Bailaora*, del famoso Tercio de Lope de Figueroa —que desde 1571 a 1577 fue denominado *tercio de la armada*—, encuadrada como arcabucero en una de las compañías de infantería, que se batió a bordo de la galera *Real* en Lepanto y que destacó por su notorio valor en la defensa del buque insignia y en el abordaje a la *Sultana* a la vista de don Juan de Austria; descubierta durante el combate su condición mujer, el generalísimo de la Santa Liga ordenó su licencia, aunque premiando su comportamiento y valor con una plaza en el mismo tercio y con el sueldo de arcabucero de por vida. Es esta una crónica que narran José E. Rivas Fabal, Cesáreo Fernández Duro y algunos autores extranjeros (2) y que cita un testigo presencial de la batalla, Marco Antonio Arroyo (3), soldado de infantería que se batió en esta batalla naval.

Pero sin más, pasemos a narrar la singular historia de Ana María de Soto, cuya documentación fue encontrada por el coronel de Infantería de Marina Félix Salomón en 1898 cuando rebuscaba en el archivo de Intervención de Marina, en Cádiz, para documentarse sobre un libro que estaba escribiendo (4), y que fue hecha pública poco después. Nacida el 16 de agosto de 1775

---

(2) CHARLES-ROUX, Edmonde: *Etèle pour un bâtard (Don Juan d'Autriche 1545-1578)*. Ed. Grasset et Frasquelle, París, 1980, p. 178. BOULLOSA, Carmen: *La otra mano de Lepanto*. Ed. Siruela, 2005.

(3) ARROYO, Marco Antonio: en *Relación del Progresso de la Armada de la Santa Liga*. Milán, 1576, le dedica ocho líneas en la colección de anécdotas de este libro.

(4) SALOMÓN, Félix: «Una mujer sargento de Infantería de Marina», en *Por mar y tierra*. Madrid, 1898. El hecho es que, de no haber encontrado el coronel Salomón esos datos en el archivo de Intervención de Marina del Departamento de Cádiz (legajos núm. 39 y 53 de

en Aguilar de la Frontera (obispado de Córdoba), era hija de Tomás de Soto, natural de Montilla, y de Gertrudis de Alhama (5), de Aguilar, que tenían una tahona en esta última localidad. Era de pelo castaño y ojos pardos, y se fue de su casa con casi 18 años sin conocimiento de sus padres, por el deseo romántico —dicen— de vestir el uniforme del Cuerpo de Batallones de Marina (6), ver mundo y vivir aventuras. Otra hipótesis, insinuada por Enrique Garramiola, podría ser que, para evitar que reclutasen por el sistema de quintas a su hermano mayor, Antonio José, que era con su padre el sostén de la familia, se alistara ella voluntariamente haciéndose pasar por varón (7). Lo cierto es que el 26 de junio de 1793, Ana María sentó plaza de soldado voluntario en la 6.ª Compañía del 11.º Batallón de Marina con el nombre de Antonio María de Soto, falseando la edad a 16 años, para que no se sospechara de la carencia de barba (8), alistándose por un período de seis años de servicio (9). Después de dura instrucción, el 4 de enero de 1794 embarcó en la fragata *Mercedes*, de 34 cañones, cuyo comandante era el capitán de fragata José Varés; esta nave resultaría hundida 10 años más tarde, en 1804, en un enfrentamiento contra cuatro fragatas inglesas bien artilladas, sin mediar declaración de guerra, que la atacaron, junto a otras tres españolas con las que navegaba cerca del cabo de San Vicente a su regreso de América, transportando caudales y valiosas mercancías de las Indias (su pecio fue localizado y saqueado hace pocos años por la compañía cazatesoros Odyssey, siendo trasladados sus fondos a los Estados Unidos para su venta; el Gobierno de España consiguió recuperarlos tras un largo proceso legal).

En 1794 y 1795, a bordo de esta fragata durante la Guerra contra la Convención francesa, Antonio de Soto participó con la escuadra del general

---

RR. OO.), su historia habría pasado sin pena ni gloria y no sería conocida. Tal vez hubo más mujeres encuadradas entre las tropas del Ejército y de la Armada, de las que nadie sabe de su existencia por no estar documentados.

(5) Partida de bautismo, folio 237, libro núm. 33, inscrita por Manuel de Vera Salzedo, párroco de Santa María del Soterraño, obispado de Córdoba.

(6) Rivas Fabal, José Enrique: *Historia de la Infantería de Marina Española*, pp. 101-102. O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo: *La Infantería de Marina Española. Historia y fuentes*. Navantia (edición no comercial), 1999, p. 196. Montero, José Luis: *Memorial y Revista de la Infantería de Marina*, Año II, núm 15, de 23 de marzo de 1909.

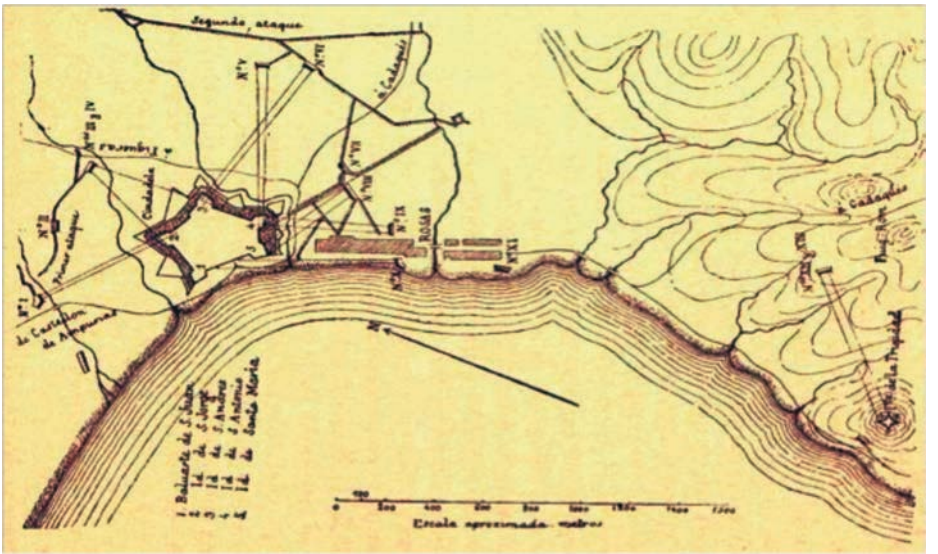
(7) Aunque en tiempo de paz tanto el Ejército como la Armada se nutrían de personal voluntario, en tiempos de guerra, si era necesario, se complementaba con forzosos, alistados mediante el sorteo de quintas entre el cupo de vecinos que debía dar cada localidad según su número de habitantes. Para Aguilar, en 1795, fueron 34 varones, 21 por el sistema de quintas y 13 de forma discrecional (Garramiola, Enrique). En verano de 1793, España estaba en guerra contra la Convención francesa.

(8) Campelo Gaínza, Jesús: «Ana María de Soto», 2016. Torres Marín, Juan: *Diario Opinión*, Córdoba, 15/05/2017. Garramiola Prieto, Enrique: *Mujeres cordobesas*.

(9) Fernández Duro, Cesáreo: *La Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, 1880. Tomo VIII, pp. 423 y 429.

Fragata *Mercedes*.

Lángara en las operaciones en la costa nororiental catalana, como en el socorro de Bañuls y en la difícil defensa y evacuación de Rosas después y especialmente en la de la guarnición del castillo de la Trinidad (10) —que protege el fondeadero de la bahía interior del golfo de Rosas— y que, por azares de la guerra, tocó ser defendido por oficiales de la Real Armada y tropas de Batallones y artilleros de Marina, unos 150 hombres en total —actuación difícil, tanto por el durísimo temporal (era invierno) como por la acción artillera del enemigo—, sitiada como estaba la plaza y el castillo por los revolucionarios franceses y cuya defensa de este lleva-



Sitio de la plaza de Rosas y del castillo de la Trinidad, 1794-1795.

(10) Acción comandada por el jefe de Escuadra Federico Gravina. Era comandante del castillo el teniente de navío Esteban de Morea Planells.

Castillo de la Trinidad, en Rosas, según un grabado de la época.

ron a cabo gloriosamente, «como si del alcázar de un buque se tratara» (11), consiguiendo evacuar a casi toda la guarnición, así como a un buen número de defensores de la plaza.

Más adelante, a bordo nuevamente de la *Mercedes*, tomó parte en la sangrienta batalla naval de cabo San Vicente, el 14 de febrero de 1797, en la que se enfrentaron una potente escuadra española al mando del teniente general José de Córdova —entre cuyos buques se encuadraba la fragata *Mercedes* y buena parte de los batallones del Cuerpo— contra otra inglesa bajo las órdenes del vicealmirante Sir John Jervis. Entre las tropas de Marina, aparte de nuestro soldado, figuraban el heroico Martín Álvarez y el sargento Pablo Morillo y otros poco conocidos, pero no por ello menos valientes ni abnegados. Y la flor y nata de las dotaciones de la Real Armada. La *Mercedes* desempeñó satisfactoriamente tareas de escolta, ayuda a los navíos más apurados y, finalmente, navegó en conserva hasta Cádiz con el navío *Santísima Trinidad*, averiado de consideración y casi desarbolado en la batalla.

Refugiada la escuadra española en Cádiz, Lord Jervis quiso explotar el éxito anterior y bloqueó la plaza y la bahía durante varios meses de ese mismo año de 1797, teniendo la capital en la mira, aunque las lanchas cañoneras españolas lo mantuvieron a distancia de sus objetivos; en ocasiones llevó a cabo puntadas ofensivas contra la plaza y sus fortificaciones para provocar que la escuadra española saliese a combatir, o bien sondear las defensas e intentar apoderarse por sorpresa de alguna de ellas. Una de estas, con un

(11) MARTÍNEZ-VALVERDE, Carlos: «La Marina en la heroica defensa del castillo de la Trinidad, de Rosas». REVISTA GENERAL DE MARINA, 1974, pp. 423-428.

grupo de desembarco contra La Caleta y el castillo de San Sebastián, fue liderada el 3 de julio por el recién ascendido contralmirante Nelson, siendo rechazado por el general de la Armada Federico Gravina, que lo esperaba y que con un grupo de lanchas cañoneras se lo impidió, apoyado por los fuegos bien coordinados de los castillos de San Sebastián y de Santa Catalina, consiguiendo que se retirara el día 5. La defensa de la plaza de Cádiz y de su bahía había sido sabiamente organizada por el teniente general de la Armada José de Mazarredo, que consiguió reunir 136 lanchas cañoneras y obuseras y agruparlas en cuatro grandes divisiones (12), con oficiales de la talla de Federico Gravina, Antonio Escaño, Cosme Damián Churruca, José Espinosa o Francisco Moyna, en las que embarcó personal de la Escuadra —tropa y marinería, entre ellos Antonio de Soto— junto con soldados y artilleros del Ejército, que hostigaron a los británicos durante todos esos meses, especialmente entre el 3 y 5 de julio, en que fue rechazado Nelson (13). Las lanchas cañoneras y demás fuerzas sutiles españolas, ágiles en la maniobra y gobernadas con audacia, dieron tanto quehacer a los británicos que acabaron por levantar el bloqueo y se retiraron. La gesta de nuestras cañoneras sería celebrada por los gaditanos, que cantaban a coro coplas burlonas: «¿De qué les sirve a los ingleses tener fragatas ligeras, si saben que Mazarredo tiene lanchas cañoneras?» (14).

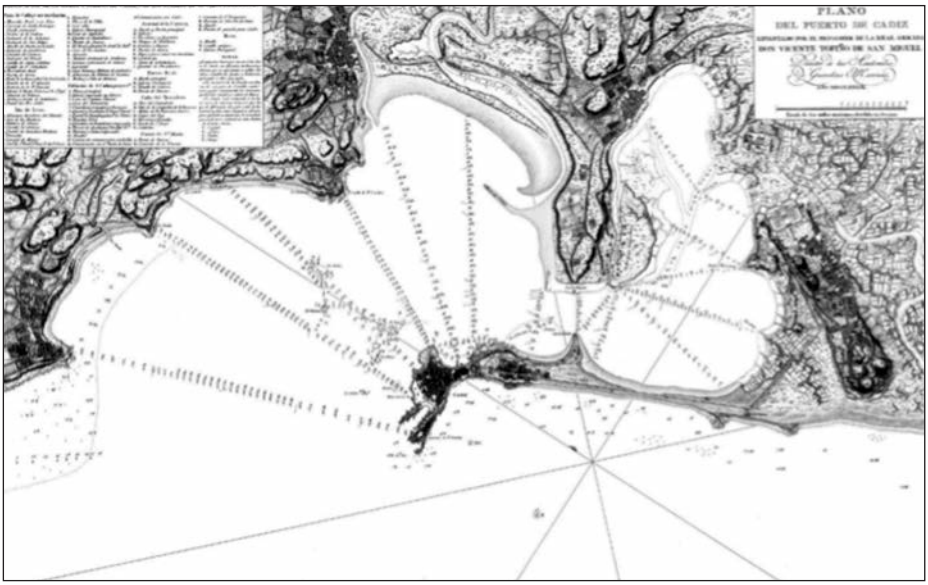
Lancha cañonera española en el sitio de Gibraltar, semejante a las que operaron en Cádiz.

Una vez desaparecido el enemigo del horizonte, se volvió a la normalidad. Con ella, Antonio de Soto dejó las fuerzas sutiles y embarcó con su unidad de guarnición en la fragata *Matilde*, donde permaneció más de un año, hasta

(12) En Rota, La Caleta, Puerta de Sevilla (Cádiz, donde está la dársena actual) y Sancti Petri.

(13) Después partió para Tenerife, siendo también allí rechazado por las tropas, el liderazgo y la previsión del general Antonio Gutiérrez de Otero, donde el inglés resultó herido de consideración y perdió un brazo.

(14) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *op. cit.*, p. 143.



Carta de la bahía de Cádiz levantada por el brigadier de la Real Armada Vicente Tofiño.

que, por enfermedad y con altas fiebres, en el reconocimiento médico subsiguiente se descubrió que en realidad era una mujer (15) y que se llamaba Ana María Antonia. El comandante de la *Matilde* rindió parte urgente al general Mazarredo el 7 de julio de 1798, quien ordenó desembarcarla de inmediato, en medio de la admiración y respeto de sus camaradas y de quienes la habían conocido y tratado en sus más de cinco años de servicio a bordo y en tierra, solicitando ella por su parte la licencia absoluta, la cual le fue concedida el 1 de agosto. Sus destinos durante esos años fueron diversos y en todos actuó con eficacia, disciplina y abnegación: fragatas *Mercedes* y *Matilde*, combates de Bañuls y Rosas, batalla naval de cabo San Vicente y, finalmente, con las cañoneras y en otras fuerzas sutiles en la defensa de Cádiz en 1797 (16).

Por los documentos encontrados y hechos públicos por el coronel Félix Salomón en 1898, sabemos que en la Real Orden de 24 de julio de 1798, «en atención a las acciones de guerra en que participó, a su heroicidad, acrisolada conducta y singulares costumbres con que se ha comportado durante el tiempo de sus apreciables servicios, se ha dignado S. M. el Rey concederle dos reales

(15) Parente Rodríguez, Gonzalo. *Revista Española de Defensa*, núm. 259, enero 2010, pp. 56-57. Otras fuentes indican, no obstante, que el reconocimiento médico fue por fiebres altísimas. Fernández Duro, Cesáreo: *op. cit.*, pp. 423 y 429.

(16) O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo: *op. cit.*, p. 196.

Dibujo del uniforme que estaba autorizada a llevar sobre sus ropas de mujer la sargento primero de Infantería de Marina Ana María de Soto. (Jesús María Alía Plana. Cátedra de Historia Naval).

de vellón diarios por vía de pensión, al mismo tiempo que en los trajes propios de su sexo pueda usar de los colores propios del uniforme de Marina como distintivo militar» (17).

En julio de 1798, al tener sus padres noticias de su hija después de más de cinco años ignorando su paradero, salieron sin pérdida de tiempo de Aguilar para recogerla en la Isla de León, base de los Batallones de Marina gaditanos, con sus escasos bienes y marchando a pie, teniendo que pedir limosna al final por no tener suficientes medios económicos para proseguir el viaje (18). Y continuaba el general Lángara comunicando la Real Orden del 24 de julio al general Mazarredo: «... por cuanto llegado ese día se han presentado los ancianos padres de Ana María de Soto, con el fin de recogerla y llevarla a su casa, dispondrá V. E. que se haga su ajustamiento y libre lo que alcanzare para que puedan verificarlo, pues aquellos han venido pidiendo limosna por el gozo de abrazar y recobrar a su hija» (19).

Tal vez por esto, la real orden anterior fue complementada por otra de fecha 4 de diciembre del mismo año por la que el Rey, «por haber servido durante cinco años y cuatro meses de soldado voluntario con particular mérito», le concede «el grado y sueldo de Sargento Primero de los Batallones de Marina, para que pueda atender a sus padres» (20).

---

(17) Real Orden de 24 de julio de 1798. Archivo de la Intervención de Marina, Departamento de Cádiz. Citado en FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *op. cit.*, Tomo VIII, p. 429.

(18) PARENTE RODRÍGUEZ, Gonzalo: «Una mujer en la Infantería de Marina del siglo XVIII». *op. cit.*, pp. 56-57. Posiblemente esta fuera una de las razones, junto a sus méritos y a la generosidad del Rey, de la R. O. del 4 de diciembre de 1798.

(19) Datos proporcionados por el coronel del Cuerpo José Luis Varela Palacios en conversaciones personales con el autor.

(20) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *op. cit.*, p. 429.

De regreso a su tierra natal, en compañía de sus padres, se instaló inicialmente en Aguilar (21) y posteriormente se trasladaría a Montilla, de donde era natural su padre y donde sin duda tendría allí más parientes, figurando como titular de la expendeduría de tabacos de la Plazuela (del Sotollón o de la del Peso) de esa localidad desde 1 de diciembre de 1799 (22). Posteriormente se sabe que en 1809, en plena Guerra de la Independencia, reclamó el devengo de su pensión, pues desde 1808 no se le abonaba, solicitud que reiteró en 1813, lo que no era extraño dada la ruina económica de España en aquellos años. Algunos autores comentan que en 1819 se le retiró la titularidad del estanco por no poder cobrar simultáneamente dos sueldos del Estado; sin embargo, en las visitas pasadas a los estancos por el Ayuntamiento de Montilla a 5 de enero de 1828 (23) y a 31 de mayo de 1833 (24), figuraba ella como titular de la expendeduría. Residió en Montilla desde 1799, falleciendo, soltera, el 5 de diciembre de 1833, a los 58 años (25), en su domicilio de la calle Corredera. En sus últimas voluntades, dispuso tener un entierro llano (de limosna, que no significa de caridad, sino que dio una limosna de casi 78 pesos para su entierro y otros ocho para 25 misas en sufragio de su alma, repique de campanas, etc.) y solicitó a los hermanos de la Cofradía de Nuestra Señora de la Aurora que pudiera ser enterrada en la zona que tenían reservada en el cementerio. De todas formas nunca se sabrá el lugar exacto donde yacen sus restos, pues el camposanto fue clausurado en 1894 al construirse otro extramuros y utilizarse parte del solar para construir el colegio de los Hermanos Salesianos en el primer tercio del siglo XX. Dejó todos sus bienes a su ahijada, Antonia Pérez Luque, soltera, a la que había acogido de pequeña y criado en su casa desde 1804, «cuidando de ella con el más extraordinario esmero y vigilancia». En este último documento figura también, tal vez con su nombre verdadero, como Ana María Antonia de Sotomayor, recuperando, de ser así, el nombre tradicional de familia perdido en las tres últimas generaciones (26).

---

(21) En el censo de 1798 no figuraba en el padrón de Montilla (según DE CASTRO PEÑA, Inmaculada, directora del Archivo Municipal de Montilla).

(22) Archivo Municipal de Montilla (AMM), leg. 510-A, c. 3, 4 y 5. En la visita de estancos pasada por el municipio en 1799 ya figuraba ella como titular de la expendeduría de tabacos de la Plazuela (del Sotollón) (según GARRAMIOLA, E.); sin embargo, su nombre no estaba en el último padrón anterior de esa localidad, realizado en 1798 (según DE CASTRO PEÑA, Inmaculada).

(23) AMM, leg. 510-A, c. 8

(24) AMM, leg. 510-A, c. 9.

(25) Archivo de Protocolos de Montilla, escribano José Carretero Ruíz, leg. 945, ff. 331-331 v.

(26) GARRAMIOLA PRIETO, E.: *Mujeres cordobesas, su contribución al patrimonio*, Tomo II, p. 218.

Curiosamente, el entonces capitán de navío Diego de Alvear y Ponce de León era el mayor general de la Escuadra de cuatro fragatas que regresaban a España en 1804 cuando el enfrentamiento con los ingleses. En la *Mercedes* viajaba su familia, pereciendo su esposa y siete de sus hijos (27) al ser hundida. Ya retirado de la Armada, de brigadier, se estableció definitivamente en Montilla en 1825, de donde eran originarios algunos de sus antepasados y donde tenía una casa solariega, con lo que —al decir de Garramiola— «pudo haber una razonable conexión histórica y verídica de la sargento alguilarense con el marino, por sus vivencias en la *Mercedes*», al residir ambos en la misma localidad (28).

Finalmente, no cabe duda de que Ana María de Soto fue una precursora de las tropas de sexo femenino en la Infantería de Marina y, por su acrisolada conducta, disciplina y heroicidad, un claro modelo para las mujeres que hoy visten el tradicional uniforme del Cuerpo que llevó ella puesto en sus cinco años y cuatro meses de servicio y que siguen enteramente dedicadas al servicio de España.

BIBLIOGRAFÍA

CAMPELO GAÍNZA, Jesús: «Ana María de Soto», artículo, 2016.

DE CASTRO PEÑA, Inmaculada (directora del Archivo Municipal de Montilla): Correspondencia personal con el autor, 2018.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, 1880. Tomo VIII. Ed. Naval, 1972.

GARRAMIOLA PRIETO, E.: *Mujeres cordobesas, su contribución al Patrimonio*. «La Sargento Sotomayor, heroína de Aguilar». Tomo II. Diputación de Córdoba.

IGEÑO LUQUE, Diego (director del Archivo Municipal de Aguilar de la Frontera): Correspondencia personal con el autor. 2018.

MARTÍNEZ-VALVERDE, Carlos: «La Marina en la heroica defensa del Castillo de la Trinidad, en Rosas». REVISTA GENERAL DE MARINA, núm. 1974, p. 423.

O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo: *La Infantería de Marina Española. Historia y fuentes*. Ed. Navantia, 1999.

PALMA VARO, José: *Apuntes para la historia de Aguilar de la Frontera*. Ayuntamiento, 1983.

PARENTE RODRÍGUEZ, Gonzalo: «Una mujer en la Infantería de Marina del siglo xviii», *Revista Española de Defensa,* núm. 259, enero de 2010.

RIVAS FABAL, José Enrique: *Historia de la Infantería de Marina*. Ed. Naval, 1970.

RODRÍGUEZ DELGADO DE MENDOZA, Ramón: *Historia de la Infantería de Marina*, 1927.

SALOMÓN, Félix: «Una mujer sargento de Infantería de Marina». *Por mar y tierra*. Madrid, 1898.

TORRES MARÍN, Juan: «La primera sargento e infante de Marina». Diario *Opinión*, Córdoba, 15/05/2017.

---

(27) Diego Alvear salvó la vida, junto con Carlos María, su hijo mayor y oficial de la Armada, que le acompañó, por haber embarcado en la *Medea*, en Montevideo, como mayor general de la escuadra por enfermedad del titular Diego de Ugarte.

(28) GARRAMIOLA, E.: *op. cit.,* p. 221.